

De las familias criollas a las lignées purificadas Analogías entre vegetales y humanos

Gabriela Schiavoni

Universidad Nacional de Misiones, Argentina

Introducción

Ya en la década de 1970, Needham (1975) advertía acerca del interés de aproximar la conceptualización antropológica del parentesco al estilo taxonómico “adansoniano”¹ de la biología, citando como referencia los trabajos de Sneath, Sokal y Beckner. La adopción de este enfoque tipológico no deductivo, basado en “parecidos de familia”, permitiría evitar la pasión por las generalidades, propia de la disciplina, que tiende a encerrar las variaciones en categorías definidas por la posesión de un mismo conjunto de rasgos.

Las familias de plantas constituyen el prototipo de la eficacia taxonómica por diferencias, característica de la ontología naturalista (Descola, 2012). Los existentes, agrupados por género y especie, descansan en vitrinas separadas, de acuerdo a los grados de complejidad de los ordenamientos moleculares y sistémicos.

Pero, si consideramos las familias como conjuntos dinámicos, estabilizaciones provisorias de flujos, observamos que la cohesión de los agrupamientos, como en los “parecidos de familia”, no se deriva de la posesión de un rasgo determinado sino del entrecruzamiento de múltiples semejanzas. Los grupos fenéticos,² establecidos por los biólogos, incluyen organismos con un gran parecido y en los que ninguna característica es esencial para la membresía.

En estas asociaciones, los términos y las relaciones se definen mutuamente y el agregado se establece mediante una red de analogías que entrelaza los seres en base a similitudes y diferencias derivadas de propiedades sensibles (color, olor, forma, localización). El grupo no es el resultado de la aplicación de un criterio subyacente, detectable por el especialista.

La analogía opera, entonces, no sólo como un procedimiento heurístico, sino como un modo de constitución de lo real, que agrega los existentes —fraccionados en una multiplicidad de formas y sustancias separadas por pequeñas distancias—, a través de una trama tejida por atributos intrínsecos a los elementos que reúne (Racine, 1989; Descola, 2012).

A diferencia del estructuralismo, que enfatiza los contrastes y el primado de

las relaciones, el analogismo destaca las similitudes, el principio de identificación y las conexiones contenidas en los propios términos. Este esquema no reflexivo que asocia por contigüidad, prescinde de un principio externo para delimitar los grupos. Los colectivos de maíces y de humanos que describimos aquí se constituyen de acuerdo a este formato.

La población que estudiamos está formada por campesinos itinerantes, que se desplazan constantemente en busca de nuevas tierras, siguiendo un modelo abierto de instalación agrícola o frontera agraria. La sociedad local en cuestión se conformó en las últimas décadas del siglo XX, mediante la ocupación espontánea de tierras fiscales con escasa aptitud agrícola, próximas a los alineamientos serranos, en la fracción nordeste del territorio provincial. El frente pionero continuó su expansión sobre las propiedades vecinas que habían sido abandonadas después de concluida la explotación de monte nativo. Algunos de estos agricultores, o sus padres, fueron inicialmente peones forestales.

La localidad que estudiamos está localizada en el departamento de San Pedro (provincia de Misiones) y el núcleo poblacional data de 1986. Las familias que lo componen provienen de colonias agrícolas más antiguas de Misiones y de los estados del sur de Brasil. El acceso a la tierra se efectuó por ocupación directa o a través de mecanismos informales, paralelos al mercado y al Estado, como la compra de mejoras.³ Los cincuenta lotes que componen la colonia son mayoritariamente unidades pequeñas (el 60 % está compuesto por parcelas de 5 a 10 hectáreas de superficie total), dedicadas a cultivos de subsistencia (el 90% de los lotes produce maíz, mandioca y poroto). Un 40% de las unidades registra la presencia del cultivo de tabaco.

La autoproducción de alimentos constituye la base de la reproducción social de estas familias, cuyo vínculo con el mercado se limita a la agricultura bajo contrato del tabaco. Dentro del repertorio de plantas de uso doméstico, el maíz es cultivado para forraje.

Los sitios en los que habitan estos campesinos son asentamientos no oficiales, en los que diversas formas de uniones próximas hacen de la alianza un principio fundamental de cohesión (Schiaivoni, 2005). Frecuentemente, el desplazamiento hacia las nuevas tierras es emprendido por pares de hermanos o de cuñados, o por duplas basadas en el vínculo entre suegro y yerno. El paraje o la picada (sendero abierto en el monte, que da inicio al poblamiento), constituyen ámbitos privilegiados de elección del cónyuge y los desplazamientos geográficos juegan un papel determinante en la constitución del grupo de parientes.

La importancia del matrimonio no es tanto instituir relaciones entre grupos diferentes sino estabilizar los lazos entre consanguíneos de la misma generación, de modo que la asociación de las familias a través de matrimonios entre pares de hermanos, o mediante el re-encadenamiento de uniones con los consanguíneos de los parientes políticos, son figuras recurrentes. La alianza opera amalgamando, asemejando próximos: conocidos, vecinos y consanguíneos de aliados. La mayoría de las unidades domésticas están ligadas entre sí por lazos derivados de la superposición de consanguinidad y alianza, restando nitidez a la conexión unilineal.

El carácter fluctuante de los límites de los colectivos de humanos califica también el proceso de agrupación del maíz, en el que la inconstancia de las variedades o familias es atribuida por los agricultores al hecho que “el maíz es un cultivo que se casa muy fácil”.

Esta cohabitación espontánea de vegetales y de humanos fue reordenada mediante un programa de mejoramiento genético de maíces nativos, llevado a cabo en nuestro terreno de estudio del nordeste de la provincia de Misiones (Arg.), por una organización no gubernamental (ONG), en el año 2002.

Las acciones de desarrollo segmentaron la trama local de lazos entre los vegetales y entre los humanos, definiendo agrupamientos exclusivos, constituidos en torno a la transmisión de rasgos seleccionados, engendrando estirpes o *lignées*.

En el nuevo régimen, las familias de maíces quedaron definidas por la posesión de características codificadas en la cartilla de la ONG. Los humanos, a su vez, consolidaron el alineamiento de los fundadores, mediante la restricción de los intercambios matrimoniales al interior del conjunto de unidades domésticas implicadas en acciones de desarrollo, y a través de la transmisión genealógica de los puestos directivos de la cooperativa de comercialización de semillas mejoradas.

1. Familiarizaciones

Las plantas alimenticias cultivadas por las poblaciones campesinas e indígenas son variedades ecológicamente distintivas, notablemente diversas en su composición genética, en contraste con la homogeneidad de los cultivos modernos. La producción de alimentos para autoconsumo, o producción para el gasto, constituye una forma no intensiva de domesticación, basada en la interacción multiespecie (Tsing, 2015), que muestra la faz menos dicotómica de la relación entre naturaleza y cultura, posibilitando una lectura en términos de “pasaje de doble mano, ambiguo, con vueltas y regresiones, marcado por una nostalgia de lo continuo” (Viveiros de

Castro, 2013: 214).

La cohabitación entre vegetales silvestres y domesticados ha sido descrita principalmente en conexión con las poblaciones indígenas. De este modo, en los mitos amerindios sobre las plantas cultivadas (Lévi-Strauss, 1971), a diferencia de los relativos al origen del fuego y de la carne cocida, las mediaciones son graduales y sucesivas, implicando a términos contingentes de la constelación doméstica, sin comprometer los lazos entre los aliados orgánicos (donadores y tomadores de esposas). Alimentos vegetales, como la pasta de mandioca fermentada o *pau puba*, conservan un lazo de continuidad con la naturaleza.⁴

El vínculo fluido que las plantas alimenticias mantienen con los espacios salvajes queda evidenciado asimismo en el carácter reversible atribuido al proceso de domesticación. Así, el héroe tukano Baaribo descrito por Galvão esconde los vástagos de mandioca en distintos árboles del monte, regresándola al estado silvestre (Emperaire, 2010: 83-84).

La fluidez del vínculo entre humanos y vegetales es evocada en los mitos de origen, haciendo crecer las plantas cultivadas (mandioca, maíz, porotos, calabaza) del cuerpo de niños disminuidos, o de la auto-inmolación de personajes dominantes (mito kaingange de héroe Ñara, Hatt, 1951; y mito kaiová de Karuebak, Lévi-Strauss, 1971: 46- 47).

Esta relación no mediada entre lo silvestre y lo cultivado, ampliamente documentada para el caso de las sociedades indígenas, caracteriza también los vínculos complejos que entablan con el ambiente los pequeños agricultores de los frentes pioneros que describimos aquí. En ambos casos, la domesticación no equivale a la instauración de una relación planificada con la naturaleza, dirigida por los humanos, sino que corresponde a modos variables de interacción entre especies.

Esto se expresa con nitidez en la mandioca, ya que entre todas las plantas domesticadas es la que requiere menos atención y no tiene un tiempo de maduración acotado, estableciendo con los humanos una interacción de amistad respetuosa, de tipo indirecto negativo (Haudricourt, 1962). Así:

Poco cuidada, capaz de prosperar en las tierras más pobres, siempre disponible, la mandioca representa una fuente alimenticia no marcada (...) su consumo posible aún en la estación de los frutos silvestres tiene mayor importancia práctica, en la dieta indígena, que su inclusión teórica entre las plantas cultivadas (Lévi-Strauss, 1971: 84).

Entre los jívaros, Taylor (2000) registra la existencia de cantos rituales dirigidos a la dueña de la mandioca, aún cuando se trata de un alimento domesticado, multiplicado mediante trozos de la propia planta, que no requeriría la intervención de un otro.

La cohabitación de los vegetales entre sí, la interacción entre los humanos, y los vínculos que ligan a vegetales y humanos, se establecen de acuerdo a un lazo general de contigüidad (Hiatt, 1969; Racine, 1989) que constituye la dimensión material de la familiaridad. El compañerismo, responsable de los parecidos, emana de la frecuentación de un espacio devenido doméstico que engendra la condición casera.⁵

Así, los vástagos y simientes de la producción de autoconsumo de los campesinos que describimos aquí, así como los cónyuges, son caseros: provienen de un vínculo no mediado entre los existentes. En efecto, la pregunta acerca de los modos de acceso a las simientes (ramas de mandioca, semillas de maíz, maní, batata o calabaza) recibe invariablemente como respuesta afirmaciones del tipo: “se tiene”, “se guarda”, “hay en la casa”. De la misma manera, la elección del cónyuge es atribuida a encuentros, vecindad, visitas.

La calificación “criollo”, utilizada habitualmente entre estos campesinos para describir “lo que no tiene raza”, constituye la expresión nativa de estas prácticas de familiarización. Se emplea para hacer referencia a las plantas y animales criados en la casa, que se cruzan de manera espontánea, sin preocupación por mantener una línea determinada. En palabras de un agricultor: “Para el gasto [alimentos de autoconsumo] hacemos sólo criollo: no tiene raza”.

El adjetivo criollo califica al descendiente de europeo nacido en colonias de ultramar. Como sustantivo, nombra al animal que nace y es criado en la propia explotación. Aplicado al lenguaje, alude a un idioma mixto con capacidad reproductiva, capaz de convertirse en lengua materna.

Así, lo que confiere a las plantas y animales el estatus de “criollo o casero” es la aptitud para el auto-engendramiento derivado de interacciones no controladas. Las semillas de tabaco, un insumo comercial de origen tecnocientífico provisto anualmente por las empresas, pasan a denominarse criollas cuando son reproducidas por los propios agricultores.⁶ La admisión a la categoría no se deriva de la posesión de caracteres específicos, sino de la capacidad de propagación a través de alianzas inesperadas.

El compañerismo entre vegetales engendra variedades locales (*landraces*) que se definen por semejanzas entrecruzadas; son diversas, pero están separadas por pequeñas distancias genéticas, dando como resultado conjuntos multilineales, compuestos por ramas cortas y próximas.

La reproducción mediante semillas y vástagos de acopio propio produce un estrechamiento de la base genética, que es compensado por la interacción con las especies espontáneas (parientes silvestres de las plantas cultivadas que crecen en los antiguos rozados), que aportan diversidad.

A medida que la selección se vuelve más estricta, la heterogeneidad disminuye y la distancia genética entre las variedades aumenta, segregando familias específicas. Las poblaciones vegetales quedan integradas por menos líneas, de mayor longitud, asemejándose a las plantas cultivadas modernas. La cohesión del agrupamiento tiene como fuente la replicación de un origen.

Los cultivares seleccionados, difundidos por agencias de gran alcance, tales como las empresas, los institutos de tecnología agropecuaria y las agencias de desarrollo, interrumpen la interacción multiespecie de la domesticación no intensiva, privilegiando ciertos grupos.

La referencia al origen o a la raza es un rasgo propio de los objetos técnicos del desarrollo. En nuestro terreno de estudio, el control genealógico de la multiplicación de cerdos, vacas, gallinas y vegetales, constituye una práctica exclusiva de este ámbito institucionalizado y de la cría de gallos de riña.⁷ En ambos casos, se busca mantener la transmisión intergeneracional de atributos estratégicos.

A su vez, la expresión “gente de origen” es empleada localmente para diferenciar a los descendientes de inmigrantes europeos, haciendo remontar a la nacionalidad la posesión de atributos específicos, de acuerdo a una concepción genética de la pertenencia étnica.

En el caso que analizamos, el agrupamiento de humanos que se torna hegemónico a través del control de semillas es una familia “de origen” (teuto-brasilero), vinculada a través de la alianza con la población nativa o criolla. La mayoría de los grupos domésticos del paraje son unidades mixtas, conformadas por criollos y descendientes de inmigrantes europeos de segunda y tercera generación, provenientes de las colonias agrícolas fundadas en la provincia de Misiones a principios del siglo XX, con población de ultramar.

En este contexto, el rescate de semillas nativas emprendido por la ONG persigue el objetivo doble de recuperar la diversidad, y al mismo tiempo, codificarla, dotando a los maíces criollos de un origen y una estirpe. Fue necesario intervenir en la familiarización de los vegetales porque la interacción con cultivares de origen tecnocientífico difundidos por las empresas tabacaleras habían dominado la población de maíces. Así, se pone en marcha en el depto. San Pedro (nordeste de la pro-

vincia argentina de Misiones) la experiencia de mejoramiento de semillas, involucrando a pequeños agricultores no indígenas, en respuesta a la demanda emanada de un programa estatal de autoconsumo, impulsado por el Ministerio provincial.⁸

El mejoramiento genético apuntó a la obtención de maíces para forraje, ya que este es el uso principal que le asignan los pequeños agricultores. La continuidad intergeneracional de los maíces y de los humanos se hallaba interrumpida. En efecto, “pocos productores mantenían cierta línea o raza de maíces con los que realizaban en forma empírica una selección todos los años” (Indes, 2008). A su vez, los padres de estos agricultores no les habían transmitido las simientes de las distintas variedades. De este modo, el trabajo de dotar de un origen a los maíces, fue también un trabajo de elaboración de una genealogía para los humanos, afiliados ahora a las organizaciones de desarrollo y, específicamente, a la cooperativa encargada de comercializar las semillas.

La crítica de Ingold al modelo genealógico (Ingold, 2002; 2013), invita a considerar el emparentamiento como un proceso, resultado de prácticas de relación con el mundo, y no como un dato anterior, contenido en los individuos y transmitido a través de una línea de descendencia. El conjunto de trabajos compilados por Bamford y Leach (2009) contribuye a esta discusión, subrayando el peso de la noción de *pedigree*, entendida como la habilidad para controlar la reproducción de las especies y delimitar los grupos, tanto de animales como de humanos. Del mismo modo que el vínculo a través de la sangre fue utilizado por la administración colonial británica para estabilizar las sociedades tribales africanas, cuyas formas de emparentamiento eran más flexibles (Holmes, 2009), en el caso que presentamos aquí las tramas de relacionamiento flojas entre los humanos y entre los maíces fueron densificadas mediante la instauración de *pedigrees*.

La participación de los lugares en la constitución de los lazos de parentesco es señalada por los estudios de James Leach (2009) y de Sandra Bamford (2009), elaborados a partir de materiales melanesios. Colocada fuera del cuerpo, la continuidad intergeneracional es fruto de los vínculos con la tierra y con las plantas, haciendo que la adhesión a una línea de descendencia esté mediada por un trabajo de interacción con el ambiente. Viveiros de Castro (2009), por su parte, destaca el aporte original del modelo amazónico al debate sobre el parentesco, mostrando el carácter dado de la relación de alianza y la naturaleza construida de la consanguinidad.

Una mirada menos determinista sobre el fenómeno del parentesco se desprende, asimismo, de la noción de casa, propuesta por Lévi-Strauss (1984), y reelaborada

por otros autores (Carsten y Hugh Jones, 1995). En las situaciones encuadradas en este término, la definición de los alineamientos de descendencia incluye fórmulas híbridas: mezcla de cognatismo y agnatismo, de endogamia y exogamia, confirmando, además, un papel a los objetos en la realización de la unidad del grupo.

También la noción de *lignéé*, que traza la filiación pasando tanto por los hombres como por las mujeres, siguiendo los meandros de las relaciones económicas, políticas, etc., abre la posibilidad de una lectura histórica de los lazos de parentesco. Sin embargo, la legitimación del esquema genealógico como instrumento científico le confirió un carácter abstracto. La *lignéé* ya no describe un trayecto ni relata una historia, sino que reconstruye un plan, conectando individuos ordenados en una secuencia previa. De este modo, la sucesión pura del *pedigree* pasa por una única línea, dejando de lado su constitución por líneas divergentes que alcanzarían una raíz común (Ingold, 2013).

En las formas de emparentamiento de vegetales y de humanos que describimos aquí, la dimensión espacial juega un rol decisivo en la constitución de los manchones o agrupamientos. La vinculación es fruto de una frecuentación poco explícita, favorecida por la proximidad y asentada en un vínculo general de contigüidad. Este lazo no declarado de familiaridad sólo es conocido por sus efectos: una parentela indiferenciada.

Al ser enunciada, en este caso por las acciones de desarrollo, la trama de familiaridad cambia de consistencia, endureciéndose en una línea, estructurada como secuencia necesaria, dando lugar al parentesco como modo principal de mapear las relaciones sociales.

La consolidación del modelo genealógico fue un efecto notable del desempeño de la ONG en nuestra zona de estudio. La codificación de las estirpes de maíces criollos, así como la estabilización de la línea de los fundadores, adjudicaron al origen un papel central en la reproducción. La constancia de la forma devino una función de la herencia.

La conjunción de estos elementos transformó el carácter implícito de los intercambios entre próximos, volviéndolos transacciones públicas, visibles y manejables de acuerdo al principio de descendencia. El parentesco dejó de ser tomado como dado y los lazos se volvieron transmisores, convirtiendo hilos en conectores (Ingold, 2013).

2. La materialidad del maíz: un padre para el bastardo

Tomar el maíz como vegetal-guía de nuestro razonamiento acarrea ciertas con-

secuencias. El relato occidental de la domesticación como imposición de un diseño humano sobre la naturaleza inerte, subestima las determinaciones derivadas de la vida de las plantas. Considerado un bastardo por lo incierto de su progenitor silvestre (Warman, 1988), el maíz exhibe desde el inicio una ontología híbrida, ya que sin la intervención humana su reproducción hubiera sido imposible.⁹ La mezcla incessante es una característica de este cultivo,¹⁰ debilitando la pertinencia de la noción “variedad criolla” para recortar un conjunto específico.¹¹

La endogamia juega un papel clave en las formas de control de la diversidad que fundamentan la agricultura y la cría modernas. En su libro sobre la domesticación, Digard (2009) relata el surgimiento de los conocimientos sobre las plantas y los animales en Europa a fines del s. XVIII y refiere que Bakewell, el inventor de la ganadería capitalista, defendía la tesis del *in breeding*: cruzar los mejores especímenes, no solo al interior de una misma raza, sino al interior de una misma línea de descendencia e incluso al interior de una misma familia.

La palabra “híbrido”, que literalmente significa “cruza”, quedó asociada a la idea de agricultura moderna en virtud de los cambios en las técnicas de reproducción del maíz, operados a principios del siglo XX. Sin embargo, el dispositivo básico puesto en juego por la ingeniería del maíz es la autofecundación o purificación (Matchett, 2005). El mejoramiento científico “supone administrar un proceso contradictorio: llevar al límite la purificación racial de ciertas plantas [endogamia] y simultáneamente conservar su capacidad de combinación para permitir la hibridación” (Arellano Hernández, 1999: 93).¹²

En nuestra región de estudio, Rengger, un médico y naturalista suizo, que recorrió el Paraguay en los años 1818-1820 nota el carácter fluctuante de las familias de maíces autóctonos. Así, prefirió denominarlas variedades (y no tipos) “ya que en algunas de ellas se encuentran transiciones de la una a la otra” (2010: 141). Las variedades que identificó fueron dos: el maíz blanco (avatí morotí) y el maíz morocho (avatí tupi). Otras variantes menos numerosas que menciona son el maíz pequeño (avatí miní), el avatí gamba y el maíz negro (avatí hu), subrayando el gran parecido existente entre las variantes.¹³

El problema del “abastardamiento de las clases” de maíz nativo, fruto de esta familiarización incierta que no garantiza el control de la descendencia, fue señalado por otro naturalista suizo que estudió el maíz en Paraguay y en Misiones a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX (Bertoni, 1927). Bertoni alerta acerca de la pérdida de diversidad del maíz autóctono,¹⁴ señalando que las mezclas espontáneas

tienen el efecto contrario de las mezclas dirigidas. Sus recomendaciones hacen foco en la calidad de la semilla, especialmente en el conocimiento de su origen, para controlar las variedades.¹⁵

A su vez, el control de la descendencia y el mantenimiento de variedades puras constituiría una práctica habitual de las poblaciones indígenas de la región. En efecto, Bertoni afirma que: “Los indios guaraníes saben cultivarlo mejor que los campesinos paraguayos, y éstos mejor que muchos colonos extranjeros; tales son, por ejemplo, el de la pureza de las clases, el de selección de la semilla y el de la elección de las variedades” (Bertoni, 1927: 120). Las poblaciones indígenas de la zona, continúa, “saben perfectamente las reglas que permiten evitar el abastardamiento y la degeneración de las semillas, manteniendo las variedades que cultivan en un estado de gran pureza” (Bertoni, 1927: 124).

De origen amazónico, los guaraníes reelaboran parcialmente la tradición de cultivadores de la selva tropical, sustituyendo el predominio de la mandioca por el del maíz (Souza, 1987). En el guaraní colonial que registra Montoya (1639), se consiguen seis denominaciones de maíz, basadas en la consistencia y color de los granos, incluyendo mayormente maíces blandos y blancos, aunque se menciona el reventador, de grano duro. Las cuatro variedades de maíz guaraní que identifica Bertoni también se diferencian por esos atributos, considerando además la duración del ciclo, la estatura de la planta y la forma de la mazorca.¹⁶

En la misma época en que estudia Bertoni, el padre Müller (1989: 71) observa otras cuatro variedades de maíz cultivadas por los guaraníes del Alto Paraná paraguayo: un maíz semejante a la tacuara, una variedad enana, otra cuya mazorca es redonda y también el maíz reventador, de grano duro.

La relevancia del maíz en el Alto Paraná de fines del siglo XIX y principios del XX está vinculada a la alimentación de los peones yerbateros, tal como destaca Ambrosetti, naturalista e iniciador de los estudios etnográficos en la Argentina,¹⁷ notando, además, el origen indígena de las formas de preparación.

El contraste que establece Bertoni entre los maíces nacionales bastardos y las variedades indígenas puras, merece alguna relativización. En efecto, las variedades mezcladas, denominadas maíz *pará*,¹⁸ overo, salpicado, *tové*,¹⁹ no resultan extrañas al acervo tradicional. Existe, incluso, un modo de siembra mezclado, que asocia el maíz y el poroto, denominado *jopará*.²⁰

Así, entre los grupos guaraníes estudiados por Schaden (1974) en la década de 1940, en el estado de San Pablo (Brasil), el maíz tradicional que cultivan para

consumo propio es un maíz blando, llamado por los caboclos maíz saboró,²¹ claramente diferenciado del maíz tupí, duro, producido exclusivamente para la venta.²²

Pero al interior de la categoría del maíz tradicional, las concepciones genéticas nativas subrayaban la fluidez de los vínculos. De este modo, sólo se plantan semillas blancas, pero la variedad roja se origina de la blanca y crece a su lado para darle fuerza.²³

Entre las variedades establecidas de acuerdo al color de los granos figura el maíz salpicado, con granos de distintos colores. Otras denominaciones, tales como maíz *puku*, aluden al hecho que se trata de maíces con espiga alargadas. A su vez, las plantas que presentan bajo crecimiento son designadas con nombres específicos, tales como maíz *mitá*, *karapé*, *miri*.

El análisis genético de estas variedades indígenas puso de manifiesto la existencia de un grupo racial blanco preponderante (con varias características comunes), y de un maíz ceremonial. El grupo blanco incluía las variedades blandas y también especímenes pipoca o reventadores, con granos redondos y granos puntiagudos. Asimismo, no había grandes diferencias entre el grupo blanco y el maíz ceremonial.²⁴

Un estudio reciente sobre la diversidad de maíces entre los *mbya* guaraní del estado de San Pablo, en Brasil (Felipim, 2001), identifica la categoría de maíz verdadero o *avatí eté*²⁵ que comprende los maíces cultivados por los guaraníes, en contraposición al maíz tupí, duro, de proveniencia foránea. La autora señala que las mezclas al interior de la categoría de maíces verdaderos son frecuentes, aún cuando se registra el empleo de técnicas tendientes a evitar la sincronización de la floración de las variedades.

Las clasificaciones émicas, basadas en la coloración de los granos, subestiman la diversidad interespecífica, haciendo que maíces provenientes de rozas guaraníes, de aspecto semejante pero genéticamente diversos, se planten juntos y esas recombinaciones entre conocidos se convierten en una fuente de variabilidad.²⁶

La selección de tipo masal,²⁷ que entraña una presión selectiva baja, y las técnicas de manejo agrícola que incluyen una gran tolerancia hacia las plantas espontáneas, contribuyen a aumentar la diversidad, aprovechando la variabilidad genética tanto de los vegetales domesticados como de los silvestres.

Estos antecedentes sugieren que la población de maíces guaraníes no se compone de tipos puros, claramente diferenciados, sino que constituye un conjunto de múltiples líneas, separadas por pequeñas distancias, en las que la diversidad se genera a partir de las mezclas entre próximos. Las denominaciones *pará* u *overo* dan cuenta de estas hibridaciones espontáneas.

La provincia de Misiones, nuestra área de estudio, constituye un importante centro de variabilidad genética de maíz en la Argentina. Las quince razas autóctonas identificadas por los botánicos provienen de muestras recolectadas en aldeas *mbya* guaraníes e incluyen las variedades mezcladas *pará* (overo) y *tové* (variegado). Además del color, interviene en la diferenciación la forma de los granos, que es un indicador de la duración del ciclo, ya que los angostos corresponden a plantas de ciclo corto, de tres meses (Melchiorre, Bartoloni y Cámara Hernández, 2006; Bracco et al., 2013).²⁸

La población de maíces guaraníes de Misiones incorpora, además, las variedades duras (tupi), excluidas del acervo tradicional de los *mbya* del estado de San Pablo (Brasil).

Entre las siete variedades de maíz identificadas por el botánico Martínez Crovetto (1968) en la agricultura de los guaraníes de Misiones, en la década de 1960, figura el maíz mezclado, overo o *pará*. También el estudio más reciente de Pochettino (2007), realizado en aldeas guaraníes de la provincia, registra cuatro variedades indígenas, una de las cuales es el maíz overo. En este último relevamiento aparece la distinción entre maíces propios y maíces de los colonos, que aunque cultivados por las poblaciones guaraníes, son considerados de proveniencia foránea.

El maíz mezclado, en cambio, no figura entre las diez variedades de maíz verdadero catalogadas por una investigación antropológica realizada en diferentes aldeas guaraníes de la provincia de Misiones (Cebolla, 2016: 81).²⁹ En contraste con el listado elaborado por los botánicos, en este último registro figuran el maíz de la tierra, de importancia ceremonial, el maíz caña y el maíz del papagayo, pero están ausentes los maíces reventadores.

Un inventario de maíces locales de Misiones (Heck, 2016), levantado a partir de muestras provenientes de aldeas guaraníes y de asentamientos de pequeños productores, señala que las poblaciones de maíces de ambos grupos difieren (las variedades dentadas y semidentadas para consumo animal son preponderantes entre los pequeños productores y las blandas y harinosas entre los indígenas), y se mantienen relativamente aisladas, ya que sólo en uno de los asentamientos de pequeños productores se registró la presencia de una variedad indígena (*avatí morotí*).

Con el fin de superar las limitaciones de las clasificaciones raciales tradicionales, basadas en la textura, forma y color de los granos, el recurso a las taxonomías numéricas permite ordenar la heterogeneidad de las plantas nativas, hecha de pequeñas diferencias, definiendo el grado de afinidad de las poblaciones en conexión con la adaptación a las condiciones agroclimáticas (expresadas en la asincro-

nía de las floraciones masculina y femenina, en las características del tallo, etc.), y teniendo en cuenta la interacción entre variedades.

La diversidad genética, característica de las plantas nativas, aparece con mayor nitidez en los maíces de tipo harinoso (blanco, amarillo, rojo, overo y azul), mientras que los grupos de reventadores y duros (tupí, pororó y pipoca) se ordenan en alineamientos homogéneos, semejantes a los cultivos modernos.³⁰

Como afirma Tsing (2015), la agricultura moderna sustituye el compañerismo interespecífico, propio de los esfuerzos de estandarización de las domesticaciones iniciales, por la intimidad con uno o dos cultivares, genéticamente homogéneos y devenidos plantas ideales o prototípicas.

En el caso de la provincia de Misiones, los maíces nativos harinosos, plantados principalmente por los grupos guaraníes, resultaron menos afectados por el estrechamiento de la base genética. Los maíces duros y dentados, orientados a la venta y al consumo animal, producidos preferentemente por los pequeños productores, perdieron gran parte de su diversidad en interacción con los de origen tecnocientífico y en virtud de la baja tolerancia a los especímenes espontáneos, característica del manejo agrícola de los colonos. Es sobre las familias de este segundo grupo de maíces nativos que versa el programa de rescate que venimos analizando.

3. La purificación endogámica: los maíces criollos

La experiencia de mejoramiento emprendida por la ONG estuvo orientada a “purificar las semillas de los agricultores”, rotulando las variedades y ordenando los cruzamientos con el fin de consolidar líneas de descendencia. De acuerdo a las palabras del técnico: “El maíz se cruza con mucha facilidad. Había que tomar las variedades de los productores y mejorarlas genéticamente, purificarlas”. Los apareamientos no sistemáticos habían puesto en riesgo la pureza (Indes, 2008) y era menester instituir *lignées*, fijando barreras o umbrales de alteridad para estabilizar la diversidad y asegurar su transmisión.³¹

Las mezclas espontáneas de los maíces siguen la pauta, frecuente entre los humanos, de reunir aquello que está físicamente próximo. La dimensión espacial es un aspecto determinante del modo de agrupamiento y el parentesco es creado a través de los desplazamientos geográficos. Las visitas y los encuentros juegan un papel significativo en la elección del cónyuge, expresado en afirmaciones de este tipo: “Vino mi hermana: no sé si gustó del lugar o gustó del marido. Se casó con el vecino y se quedó a vivir aquí. O, también: Cuando vine a vivir acá, fui a esa casa vecina

porque ahí tenía unas güainas [mujeres] y yo decidí ir ahí para tener una compañera”.

En otro caso, la alianza de tres hermanos de una familia con tres hermanos de la otra, es relatada como fruto del encuentro. En efecto, la agricultora refiere: “Estamos cruzados. Somos tres hermanos Ba. [dos varones y una mujer] casados con tres hermanos Oli. Una familia que necesitaba casarse se encontró con otra familia que necesitaba casarse!”.

Asimismo, la combinación inesperada, derivada de la interacción, propicia la aparición de otra figura recurrente de la alianza en la sociedad local: los matrimonios dobles que asocian pares de hermanos de un mismo sexo. Una de las mujeres cuenta: “Cuando nació mi hijo, mi hermana vino a ayudarme y ahí le conoció al hermano de mi marido y se casaron”. Otra mujer relata: “Me casé y vinimos a vivir acá, entonces mi familia venía a visitarme. Después encontramos que mi hermana y el hermano de él se habían acompañado”.

Estas uniones por contagio otorgan un carácter transitivo a la condición de cónyuge. Así, un agricultor refiere que en el momento de casarse, recurrió a una familia vecina, cuya hija conocía. Sin embargo, como la elegida ya estaba casada, contrajo matrimonio con la hermana: “Iba buscando a la otra y al final me quedé con la hermana”.

Los lazos con los sucesivos lugares en los que habitó el grupo multiplican próximos, susceptibles de ser re-unidos a través de la alianza. La madre de un joven agricultor recuerda: “Mi hijo y la mujer se conocieron en el velorio de la mamá del vecino. Más bien: se re-conocieron. Porque nosotros ya éramos vecinos de la familia de esa chica en la colonia en la que vivíamos antes”.

Es decir, los modos de asociación que expanden el agrupamiento son fruto de la cohabitación y de la interacción, sin requisitos de calificación de las contrapartes.

a. Los matrimonios sin control: el “caianão”

También las uniones no planificadas entre próximos caracterizaban la variedad de maíz predominante en la localidad, constituida por una mezcla indiferenciada, denominada “caianão”. Uno de los productores semilleros relata: “Ya no existía más el maíz original de Misiones, como es el mato grosso, el caiano, el azteca. La gente, lo que tenía, emparejaba todo medio igual. Le decían el ‘caianão’. Ud miraba: era un maíz de una clase. Miraba el otro y decía que era ‘caianão’ también”.

El cruzamiento desordenado databa de la generación anterior, de modo que la transmisión intergeneracional de variedades puras estaba interrumpida. Así, uno de

los agricultores semilleros, especializado en la reproducción de maíz azteca o marlo fino, junto con su hermano, relata: “Mi papá plantaba el azteca, después se dejó y se cambió con los maíces caianos y ahí yo medio perdí la semilla. Después conseguí de vuelta con otro productor de Palmera Boca que me cedió 2 kg”.

La recuperación de las variedades implicó exacerbar la endogamia, controlando los cruzamientos al interior del grupo. Cada agricultor se especializó en una clase, evitando la proximidad contaminante del maíz duro, un híbrido comercial de ciclo corto, “que castiça³² nuestra semilla y ya no sale el maíz puro” (agricultor semillerista).

Con el fin de evitar las mezclas espontáneas, diversas estrategias de distanciamiento se pusieron en práctica, tales como la siembra posterior a la floración de los maíces plantados por los vecinos; la siembra de variedades diferentes en cuadros distantes, y la utilización del monte como barrera de protección.

Los maíces considerados “otros”, el híbrido comercial ya mencionado y las variedades harinosas, para alimentación humana (el maíz catete, por ejemplo), se dejaron de lado para que no se cruzaran con las clases forrajeras, blanco principal del rescate de semillas nativas emprendido por la ONG.³³

El trabajo técnico para “pasar del grano a la semilla” introdujo rupturas con respecto a las prácticas habituales. La selección de las espigas, que antes se hacía con las mazorcas en el galpón (masal), los técnicos les enseñaron a hacer en la misma planta. También incorporaron las mediciones de grano, chala y marlo. Para fomentar el hábito de registro, la ONG diseñó calendarios que se suspendían en la pared de las viviendas, para que los productores consignaran la fecha de siembra, el momento de floración, etc.

La cantidad de hileras de granos de la mazorca y el peso estimado en kilogramos se convirtieron en dimensiones estratégicas de evaluación. Uno de los semilleristas relata: “Fuimos mejorando los líneas [hileras de granos de la mazorca], porque antes sólo había 12 y ahora yo estuve mirando y ya hay 18”.

Antes del programa, el peso de los granos constituía un atributo secundario, ya que el maíz en esta zona es un cultivo de circulación doméstica, estimado en “manos” (cada mano comprende 64 espigas).³⁴ La importancia adjudicada al peso orientó las preferencias hacia las variedades de mayor rendimiento e hizo que hubiera menos semilleristas dedicados, por ejemplo, a la variedad azteca. Uno de ellos describe esta situación: “[El azteca] es un maíz más manual para uno trabajar, desgrana fácil, es un poquito tardío y tiene más cuidados. Los otros maíces estira más para vender, porque hay dos o tres semilleros de azteca acá. Era yo, mi hermano, y uno o dos que

probaron. Los demás [semilleristas] eligen el caiano o el otro grandote mato grosso porque esos dan más rendimiento y con menos cuidado. Entonces es más fácil de sacar. Y este [azteca] es más difícil”.

Las variedades identificadas y mejoradas fueron ocho: Blanco duro, Leales 25, Caiano, Azteca o marlo (*sabugo*) fino, Mato Grosso, Central Mex, *Dente cão* y Chala roja.

La presencia de semillas de origen tecnocientífico entre las variedades locales (el “Central Mex”, introducido en 1969, y el “Leales 25” difundido más recientemente, ambos por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria), pone de manifiesto la familiarización de los objetos técnicos del desarrollo mediante su inserción en una genealogía. Así, el promotor de la ONG relata: “Conocimos al padre del Leales 25, Gerónimo Gómez [investigador del Inta de la provincia de Tucumán]. En ese maíz la chala cubre toda la mazorca. El padre del Leales nos dijo que lo que encontramos [en Misiones] era el Leales primitivo, ahora ese maíz cambió mucho, para adecuarlo a la producción mecánica”.

A través de la escritura, la ONG reforzó la codificación de las variedades de maíz criollo. Uno de los productores semilleristas rememora: “Con la cartilla [un impreso de la ONG] empezaron a presentar cuál era la clase. La gente aprendió quién era el azteca, quién era el caiano, quién era el mato grosso. Antes no estaba clasificado el maíz”.

La relación no mediada de los humanos con los vegetales de uso doméstico se transformó en un vínculo técnico y económico. La ONG centró su rescate en la pureza de determinadas variedades, proponiendo la endogamia como método y condenando las mezclas espontáneas. El cultivar dominante (el maíz caiano) había sometido a los demás maíces, homogeneizando la población.

4. Familias de humanos

Al estabilizar las variedades de maíces, el programa de la ONG confirió determinadas cualidades a los humanos, seleccionando una línea de agricultores semilleristas. A partir de 2006, la denominación semillero se volvió corriente en la zona: “Don K. es semillero: entrega las semillas a la ONG. Tenía las variedades y siempre le pedían. Como su yerno está en ONG, ingresó al programa”.

El Movimiento Semillero de Misiones advierte acerca de los riesgos que entraña esta especialización:

Algunos agricultores que ahora son ‘semilleristas’, de las muchas variedades de

maíz que sembraban, (...) han seleccionado sólo algunas pocas para la venta. (...) Dejan de sembrar toda la variedad que antes hacían. Sin querer podríamos estar disminuyendo la variedad? ¿Perdiendo diversidad? Esto nos preocupa (Noseda, 2008).

Quienes devinieron semilleristas fueron mayoritariamente los hombres, mientras que las mujeres —que habían sido organizadas por la misma ONG en grupos rurales constituidos en torno a la distribución de semillas comerciales para huerta—, acompañaron la actividad, prestando su apoyo.³⁵ De acuerdo al relato de uno de los semilleristas: “Ellos [la ONG] tenían primero el grupo de mujeres. De semilla, tenía sólo un grupito de hombres, chiquitito. Después, formamos y fue el grupo más grande”.

El conjunto se aglutinó en torno a una cooperativa, presidida por el marido de la patrocinadora de los grupos de mujeres.³⁶ En hibridación con las acciones de desarrollo, este agregado se estabilizó como una “variedad”, una unidad de comportamiento, asimilable a una casa o a una línea de descendencia. La participación en la actividad semillera, y en las acciones de desarrollo en general, pasó a depender del vínculo con estos “fundadores”.

Los matrimonios entre familias vinculadas a la ONG contribuyeron a crear la segregación. Así, dos de los hijos de la pareja iniciadora de las acciones de desarrollo en la localidad contrajeron matrimonio con hijas de socias de los grupos de mujeres; el hijo mayor sucedió al padre en la dirección de la cooperativa, mientras que su esposa se convirtió en la administradora del proyecto semillero. A su vez, el hermano menor y su mujer quedaron a cargo del local de venta de los productos de la cooperativa (semillas y alimento balanceado).³⁷

En el origen de la organización cooperativa no está un grupo de parientes, sino que la propia organización fue emparentando a los miembros. La simbiosis entre la familia y la ONG transformó en una calificación específica el lazo general de contigüidad, responsable de los agrupamientos.³⁸ La alianza dejó de ser un efecto de la cercanía física, y la condición de semejante se derivó de la participación en el desarrollo. Así, en ocasión de efectuar un balance de lo realizado en el grupo de mujeres, una de las participantes expresó: “El grupo tuvo muchos beneficios. Me conseguí un marido”. Es decir, no se trata de un parentesco ya hecho que presta su formato a las organizaciones, sino que las acciones de desarrollo intervienen en las dinámicas de familiarización, contribuyendo a estabilizar en líneas, la trama multiforme de lazos anudados por proximidad.

El carácter *in breeding* de la organización semillera es descripto localmente en términos de: “La cooperativa es limitada, no es un espacio abierto, es de H. [padre fundador]”. Y, también: “Más que una cooperativa, es una empresa familiar”.

El programa de mejoramiento genético convirtió el parentesco en un proceso controlado. Del mismo modo que las líneas o razas de plantas se establecieron mediante la estandarización de un patrón, el reclutamiento matrimonial al interior de la ONG estrechó la base de reproducción social, bajando los niveles de divergencia y alineando a los fundadores. La referencia a ese origen devino un atributo de exclusividad, segmentando la continuidad hecha de pequeñas diferencias y otorgando relevancia a la lógica genealógica en la transmisión.

Conclusiones: Los parecidos hacen familias y los parientes se parecen

La construcción de agregados puede hacerse de un modo político o de un modo analógico (Boltanski, 2009). El primer tipo constituye el formato institucional de generación de lazos, que duplica los existentes en base a atributos especificados. Comprende una construcción en dos niveles: por un lado, las personas concretas, y, por el otro, las calificaciones generales o seres sin cuerpo, que definen el valor de los miembros.

En los agregados analógicos, a su vez, el conjunto resulta de una cadena que asocia propiedades sensibles (color, olor, forma, posición), reuniendo a los seres en una red. Este proceso no contempla una subida de generalidad, enunciada en un principio o calificación, de manera que las entidades preservan su singularidad, y los vínculos son fruto de sucesivas traducciones, fundadas en parecidos diversos.

Si como afirma Latour (1983: 214), “las clasificaciones ligan puntos entre sí, y nada más”, la socio-lógica de las familias de vegetales y de humanos que venimos analizando, ofrece al inicio una imagen multicéntrica, que entrelaza los existentes a través de pequeñas distancias. Los umbrales de alteridad establecidos por las acciones de desarrollo reducen el nivel de divergencia, conectando pocos puntos a lo largo de líneas diferenciadas.

El caso que presentamos permite desprender conclusiones relativas a los modos de asociación que forman familias. Así, las plantas nativas y las parentelas locales agregan miembros por contigüidad, de manera que la cohesión decanta de atributos inestables, contenidos en los propios términos.

Las familias de maíces mejorados y el alineamiento cooperativo, en cambio, afilian en base a principios seleccionados: rasgos fenotípicos codificados de los vege-

tales, y pertenencia al grupo originario de participantes del desarrollo, en el caso de los humanos.

Los agrupamientos emanados del modo analógico, fundados en un parecido global, constituyen clasificaciones politéticas (Needham, 1975), que conjugan semejanzas y diferencias, sin que la membrecía requiera la posesión de rasgos exclusivos. En estos conjuntos no rige el principio de sustitución, de modo que la continuidad se funda en el formato no controlado de la interacción más que en la constancia de los caracteres. Un ejemplo de esto es la noción de criollo o casero mencionada aquí, que recorta un conjunto variable de miembros, cuya cohesión descansa en la posibilidad de autoengendramiento a partir de alianzas inesperadas.

Las instituciones operan con lazos cuyo formato taxonómico incluye el principio de sustitución. Los objetos técnicos del desarrollo están enmarcados en configuraciones de este tipo. Calificados por referencia a una raza, o a un origen determinado, están dotados de caracteres esenciales, antes e independientemente de su crecimiento en un ambiente, merced a atributos heredados de sus predecesores.

En la experiencia que presentamos, la condición bastarda, mezclada, de los maíces criollos fue ordenada institucionalmente, proporcionándoles un padre semillero garante de su multiplicación codificada. Asimismo, la reproducción social de los agricultores fue asegurada insertando la cooperativa en una trama genealógica y estableciendo la figura de un ancestro fundador, sustituible por sus descendientes.

Si bien la ONG trató de ir a contrapelo de la agricultura moderna, rescatando los maíces tradicionales, el hecho de centrarse en cultivares determinados, en vez de hacerlo en el formato de la interacción, colocó su iniciativa en un marco modernista.

En efecto, los colectivos tecnocientíficos economizan la consideración de los vínculos entre vegetales, estabilizando la relación con el ambiente mediante la selección de atributos determinados y controlando su permanencia a través de la genealogía.

La distinción de base no es entre lo puro y lo bastardo, sino entre mezclas basadas en una interacción espontánea versus mezclas fundadas en la intimidad con pocos cultivares. Condición generativa de la modernidad, el modelo genealógico subyace como una estructura arraigada, aún en las prácticas institucionales que aspiran a establecer lazos entre seres desvinculados de atributos personales.

Recibido: 04/06/2018

Aprovado: 11/10/2018

Gabriela Schiavoni es antropóloga, egresada y docente de la Universidad Nacional de Misiones (Argentina). Es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Sus publicaciones versan sobre temas de antropología rural, parentesco, desarrollo, tecnociencias y método etnográfico. Contacto: gabrielaschiavoni4@gmail.com

Notas

1. En referencia a Michel Adanson, botánico y naturalista francés que en 1763 publicó la obra titulada “Familias de Plantas”.
2. Se trata de un método de agrupación de abajo hacia arriba, para la creación de árboles fenéticos o fenogramas, creado por Naruya Saitou y Masatoshi Nei en 1987.
3. Se comercializan los trabajos realizados sobre el predio, tales como rozados, plantaciones y viviendas.
4. Es la mandioca ablandada y fermentada, después de haberla enterrado en el barro varios días. Conocida como “harina de palo”, la fariña de mandioca es considerada un producto elaborado a partir de una materia silvestre en la región de Paraguay y Misiones, a principios del siglo XX (Bertoni, 1927: 95).
5. Se retroalimentan así los sentidos material y moral que, de acuerdo a Benveniste (1994), coexisten en la etimología de la palabra casa.
6. Un agricultor tabacalero relata: “Una de las exigencias [de la empresa] es la semilla. Ya no quiere que use más KY 9D que le llaman criollo. La gente sigue usando porque rinde más en kilos”.
7. En esa actividad, los animales se diferencian en gallos finos y gallos cuchinchos. Según el testimonio de un poblador de nuestra zona de estudio: *Gallo fino es un gallo que no esquiva la pelea (...) es una cualidad del animal que tienen que ver con su origen, (...) con la pureza de su origen. El gallo cuchincho en cambio ‘no tiene raza’ o ‘no tiene origen’* (en Azar, 2003: 58).
8. Colaboró en la investigación el ingeniero agrónomo Julián Cámara Hernández, profesor consultor de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.
9. El maíz depende de la acción humana para separar las glumas que cubren la mazorca, apartar los granos de la raspa u olote. Así: “hace cerca de 6 mil años, el maíz nació de una hibridación única y no reproducible entre la naturaleza del maíz y la cultura mesoamericana” (Arellano Hernández, 1999: 75-76).
10. El maíz es un cultivo anual anemófilo (polinizado por el viento), y considerado de fecundación predominantemente cruzada.
11. Arellano Hernández propone evitar el término variedad criolla y utilizar en cambio los términos variedad local o variedad autóctona para hacer referencia a las poblaciones de maíz que no han sido tocadas por ninguna manipulación genético-científica (1999: 105).
12. El producto comercial o *top cross* es una cruce doble de híbridos simples engendrados por dos líneas puras.
13. Sobre las técnicas de manejo agrícola, observa que las semillas de maíz se siembran en surcos,

y “al aproximarse la época de floración se arrancan las plantas pequeñas y de mal aspecto, así como aquellas que sólo poseen flores masculinas” (Rengger, 2010: 141).

14. Advierte que: “Lo que ahora pasa en el Paraguay y Misiones es una vergüenza, pues a tal punto se van dejando entrecruzar todas las variedades, que de tantas que tiene el maíz, apenas si se distinguen ahora tres, el blando, el duro y el morocho” (Bertoni, 1927: 122).

15. Así, aconseja: 1) Producir uno mismo la semilla o tomarla de plantación conocida; 2) Caso de faltar, introducir sólo a sabiendas, de semillería de confianza, y de la región próxima a las nuestras. La introducción de cualquier maíz del comercio para semilla, es peligrosa; 3) Escoger las plantas vale más que escoger sólo las espigas (Bertoni, 1927: 237).

16. Bertoni (1927: 25) rescata cuatro variedades de maíz guaraní: avatí mitá (maíz duro, de tallo bajo y temprano), avatí mbihá mitá (maíz blando, bajo, muy temprano), un maíz amarillo subido (avatí tatá eih) y el avatí ti o maíz blanco verdadero (de espiga larga y marlo fino, excelente para harina).

17. En su viaje a Misiones, relata: “Allí [en el Alto Paraná] también empecé a probar la cocina yerbatera, maíz *for ever*” (Ambrosetti, 1894: 76).

18. Significa mezcla, contraste. Cfr. Boidin, 2005.

19. En guaraní, adverbio de opción que puede significar aprobación o desaprobación.

20. Designa la forma de plantar el maíz (*avati*) con el poroto (*kumanda*): “Se plantan juntos, crecen juntos. Se puede plantar el avati primero y el *kumanda avatiky* después, para que no sufra con la helada. (...) de esta forma el *kumanda* se ‘entremezcla’ con el *avati*, se guía por él e invade toda la chacra, o simplemente hace de abono” (Boidin, 2005).

21. Algunos lo llaman *catetinho*, originando una confusión con el maíz cateto que es duro.

22. Las técnicas de manejo agrícola refuerzan la separación, estableciendo su cultivo en rozados separados.

23. El análisis genético de las variedades tradicionales que recogió, puso de manifiesto la existencia de un grupo racial preponderante blanco (con varias características comunes), y un maíz ceremonial (avatí djakaira). El grupo blanco incluía las variedades morotí ti, mitá, guapí, y también especímenes pipoca o reventadores (avatí pichinga y pichinga Ilhu), con granos redondos y granos puntiagudos. Asimismo, no había grandes diferencias entre el grupo blanco y el maíz ceremonial.

24. La especificidad del maíz ceremonial proviene del hecho que se planta en los antiguos rozados abandonados (capuera), y no crece en zonas de campo ni en rozados nuevos.

25. La legitimidad guaraní de las plantas cultivadas les es conferida por características de coloración, tamaño y sabor, identificándolas con el sufijo *eté*, especialmente en presencia de los blancos (Giordani, 2015: 640).

26. Dos variedades que integran el acervo tradicional del grupo estudiado por Felipim (2001), el maíz takua y el maíz parakau datan sólo de hace 50 años.

27. De toda la masa de mazorcas de la cosecha se escogen visualmente aquellas con las características más deseables para sembrar los granos en el ciclo agrícola siguiente.

28. Los maíces nativos inventariados son: Amarillo Ancho (avatí ju); Amarillo Angosto (avatí mitái, de 3 meses), el Blanco Ancho (avatí morotí); “Blanco Angosto” (avatí para í, de 3 meses); “Variegado

(avati tové); “Overo” (avati pará); “Rosado” (avati juí); “Colorado” (avati pytá, de 3 meses), Pororó Chico (avati pororó), Pororo ó Grande” (avati pororó), “Pipoca Amarillo”, “Pipoca Colorado”, “Azul”, (avati ovy) y “Tupí Blanco” y “Tupí Amarillo”.

29. Estas son: maíz grande (avachiguachu); maíz caña (avachi takua); maíz amarillo grande (avachijuguachu); maíz blanco fino (avachi chi í poi); maíz amarillo fino (avachi ju poi); maíz azul (avachi ovy); maíz del papagayo (avachi parakáu); maíz de tierra (avachi yvy’i); maíz tupí blanco (avachi tupi chi), y, maíz tupí rojo (avachi tupi pyta).

30. En el caso de la Yerba Mate, la producción comercial se concentró en una de las seis especies nativas, (*Ilex Paraguariensis*). Esa especialización dio como resultado una familia coherente e independiente de las distintas localizaciones geográficas. En cambio, la especie dumosa, que no sido objeto de una selección tan rigurosa, exhibe una familia heterogénea, con mayores niveles de divergencia y variedades muy dependientes de los lugares. El estrechamiento de la base genética de la yerba comercial, es fruto de una mayor presión selectiva (Gottlieb et al., 2011).

31. De acuerdo al técnico, la ampliación del intercambio constituye un problema. Proporciona el ejemplo de las ferias de semillas nativas, realizadas anualmente en la provincia de Misiones desde 1997, que, al derribar las barreras de cruzamiento, tuvieron como consecuencia la disminución de la diversidad. De acuerdo al relato de uno de los técnicos: *Con las ferias de la semilla lo que se vio es que se iban perdiendo las variedades, por el intercambio entre las familias. De arroz había 16 variedades. En la última feria de semilla sólo había dos variedades, bajó a dos.*

32. Utiliza el término portugués, con el significado de: juntarse macho y hembra para la reproducción.

33. La coexistencia de variedades harinosas y forrajeras en una misma explotación se volvió infrecuente. Una agricultora, no vinculada a la ONG, que combina ambos tipos de maíz (maíz catete amarillo y azteca o marlo fino) explica que: *Para que no se mezcle tenés que escalonar la floración, mi papá me enseñó eso.*

34. La medida de la mano de maíz oscila entre 50 y 64 espigas. Cuando Schaden (1974: 73) estima en manos de maíz la riqueza de los grupos domésticos kaiová, considera que cada mano equivale a 15 atados de 4 espigas, es decir 60 espigas. Bertoni (1927: 124) en sus experimentos sobre el rendimiento de las distintas variedades de maíz emplea la unidad mano de maíz de 64 espigas con una equivalencia en kilogramos (7 kg).

35. De los 27 semilleristas que participan en el proyecto de mejoramiento llevado a cabo por la ONG, sólo dos son mujeres.

36. La cooperativa era yerbatera en su origen y proporcionó la estructura para la comercialización de las semillas, ya que se trataba de las mismas familias. Cuenta con 86 socios activos.

37. La comercialización planteó el problema de la propiedad de las semillas. Los dirigentes de la cooperativa sostuvieron que “las semillas criollas no son de la cooperativa, no son nuestras, son de todos” y gestionaron ante el Inase [Instituto Nacional de Semillas] ser registrados en la categoría de identificadores de semillas, lo que les permite comercializar hasta 80.000 kg por año. Las semillas purificadas se comercializan fuera de la comunidad local y el principal comprador es el Estado.

38. Los nombres de familia no constituyen un marcador significativo en las formas de sociabilidad local, siendo frecuente la identificación mediante apodos personales o por zonas de residencia.

Referencias bibliográficas

- AMBROSETTI, Juan. 1894. *Segundo viaje a Misiones*. Buenos Aires: J. Carbone.
- ARELLANO HERNANDEZ, Antonio. 1999. *La producción social de los objetos técnicos agrícolas: antropología de la hibridación del maíz y de los agricultores de los valles Altos de México*. México: Ed. Universidad Autónoma del Estado de México.
- AZAR, Gustavo. 2003. *Gallo fino, gallo cuchincho. Algunas interpretaciones sobre la riña de gallos en Misiones*. Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Misiones.
- BAMFORD, Sandra. 2009. “‘Family trees’ among the kamea of papua New Guinea. A non-genealogical approach to imagining relatedness”. In: Bamford & Leach (eds.). *Kinship and Beyond. The genealogical model reconsidered*. New York—Oxford: Berghahn Books. pp. 159-174.
- BENVENISTE, Emile. 1994. *Le vocabulaire des institutions indo—européennes*. Paris: Ed. De Minuit.
- BERTONI, Moisés. 1927. *Agenda y Mentor Agrícola. Guía del agricultor & colono*. Puerto Bertoni: Ediciones Ex Sylvis.
- BOIDIN, Capucine. 2005. “*Jopara? zjehe’a?*. El mestizaje de las palabras, de las plantas y de los cuerpos en Paraguay”. Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En línea], BAC - Biblioteca de Autores del Centro. Disponible en: <<http://journals.openedition.org/nuevomundo/598>>. Puesto en línea el 14 febrero 2005. Acessado en: 28 ago. 2018.
- BOLTANSKI, Luc. 2009. De la Critique. *Précis de sociologie de l’emancipation*. Paris: Gallimard.
- BRACCO, Mariana; LIA, Verónica; POGGIO, Lidia; CAMARA HERNANDEZ, Julián & GOTTLIEB, Alexandra. 2013. “Caracterización genética de razas de maíz autóctonas de Misiones, Argentina”. *Rev. Cienc. Tecnol.* Año 15, n° 20: 52-60.
- CARSTEN, Janet & HUGH JONES, Stephen. 1995. “Introduction: About the house- Lévi-Strauss and beyond”. In: Carsten y Hugh Jones (eds.). *About the house – Lévi-Strauss and beyond*. Cambridge-Nueva York- Melbourne: Cambridge University Press.
- CEBOLLA, Marilyn. 2016. *Cosmología y Naturaleza Mbya Guaraní*. Buenos Aires: Biblos.
- DESCOLA, Philippe 2012, *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires, Amorrortu.
- DIGARD, Jean Pierre. 2009. *L’Homme et les animaux domestiques. Anthropologie d’une passion*. Millau: Ed. Fayard.
- EMPERAIRE, Laura. 2010. *Dossiê de registro do Sistema Agrícola Tradicional do Rio Negro*. Brasilia: ACIMRN/IPHAN/IRD/Unicamp—CNPq.
- FELIPIM, Adriana Perez. 2001. *O sistema agrícola guarani mbyá e seus cultivares de milho: um estudo de caso na aldeia guarani da Ilha do Cardoso, municipio de Cananéia, São Paulo*. Tesis de Doctorado, Escola Superior de Agricultura “Luiz de Queiroz”, Universidad de San Pablo.
- GIORDANI, Rubia Carla Formighieri. 2015. “Producción de alimento o cultivares de la vida? Observaciones sobre la acción y la contemplación guaraní en sus cultivos agrícolas”. *Demetra*, 10(3): 637-648.
- GOTTLIEB, Alexandra; GIBERTI, Carlos & POGGIO, Lidia. 2011. “Evaluación del germoplasma de *Ilex Paraguariensis* e *Ilex Dumosa* (Aquifoliaceae)”. *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica*, 46 (1-2): 113-123.
- HATT, Gudmut. 1951. “The Corn Mother in America and in Indonesia”. *Anthropos*, 46: 853-914.

- HAUDRICOURT, André. 1962 “Domestication des animaux, culture des plantes et traitement d’autrui”. *L’Homme*, tome 2, n 1: 40-50.
- HECK, Mónica. 2016. *Caracterización agromorfológica y de calidad nutricional de poblaciones locales de maíz de la provincia de Misiones, Argentina*. Tesis de Maestría, Facultad de Agronomía Universidad de Buenos Aires.
- HIATT, Lester. 1969 “Totemism tomorrow: The future of an Illusion”. *Mankind*, 7: 83-93.
- HOLMES, Teresa. 2009. “When blood matters. Making kinship in colonial Kenia”. In: Bamford & Leach (eds.). *Kinship and Beyond. The genealogical model reconsidered*. New York—Oxford: Berghahn Books. pp. 50-83.
- INDES [Instituto de Desarrollo Social y Promoción Humana]. 2008. *Registro de Experiencias, Rescate, Identificación y Mejoramiento de Variedades de Maíces Locales*. Posadas, Misiones.
- INGOLD, Tim. 2002. “Ancestry, generation, substance, memory, land”. In: Ingold. *The perception of the environment*. Londres & Nueva York: Routledge. pp. 132-152
- _____. 2013. *Une brève histoire des lignes*. Paris: Zones Sensibles.
- LATOURE, Bruno. 1983. “Comment redistribuer le grand partage?”. *Revue de Synthèse*, IIIe S, n° 110: 203-236.
- LEACH, James. 2004. *Creative land. Place and procreation on the rai Coast of Papua New Guinea*. New York- Oxford: Berghahn Books.
- LÉVI-STRAUSS, Claude. 1971. *De la miel a las cenizas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1984. *Paroles données*. Paris: Plon.
- MARTINEZ CROVETTO, Raúl. 1968. “Notas sobre la agricultura de los indios guaraníes de Misiones (República Argentina)”. *Etnobiológica*, 10: 1-11.
- MATCHETT, Karin. 2005. “Debates sobre el método de maíz híbrido en Estados Unidos y su traducción en México”. In: Arellano Hernández, Kreimer, Ocampo Ledesma y Vessuri (comps.). *Ciencias agrícolas y cultura científica en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo libros. pp.79-89.
- MELCHIORRE, Pedro. BARTOLONI, Norberto & CAMARA HERNANDEZ, Julián. 2006. “Phenetic relationships among native races of maize {**Zea mays ssp, mays**} from North-eastern Argentina (Misiones)”. *Journal of Genetics & Breeding*, 60: 173-182.
- MONTOYA, Antonio de. (1639). *El Tesoro de la Lengua Guaraní*. Madrid: Juan Sánchez.
- MULLER, Franz. 1989. *Etnografía de los Guaraní del Alto Paraná*. Rosario: Escuela de Artes Gráficas del Colegio Salesiano San José.
- NEEDHAM, Rodney. 1975. “Polythetic classification: convergence and consequences”, *Man*, 349-369.
- NOSEDA, Claudia. 2008. “Abastecimiento de semillas de Maíz campesino al gobierno de la provincia de Misiones, Argentina”. *Seminario de Sistematización de Experiencias*, Posadas, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.
- POCHETTINO, Lelia. (2007). La dinámica en la horticultura en comunidades mbya-guaraní, Misiones, Argentina. *Etnobiología*, 5: 36-50.
- RACINE, Luc 1989 “Du Modèle analogique dans l’analyse des représentations magico-religieu-

ses". *L'Homme*, 109: 5-25.

RENGGER, Juan. (2010). *Viaje al Paraguay en los años 1818 a 1826*. Asunción: Tiempo de Historia.

SCHADEN, Egon. 1974. *Aspectos fundamentais da cultura guaraní*. San Pablo: Editora da Universidade de São Paulo.

SCHIAVONI, Gabriela. 2005. "‘Hacerse parientes’ Estrategias de alianza y reproducción social de los ocupantes agrícolas en el NE de Misiones (Arg.)". *Anuário Antropológico*: 95-118.

SOUZA, José O. Catafesto. 1987. *Uma introdução ao sistema técnico-econômico guarani*. Tesis de Maestría, Universidad Federal de Río Grande del Sur.

TAYLOR, Anne Christine. 2000. "Le sexe de la proie. Représentations jivaro du lien de parenté". *L'Homme*, 154-155: 309-334.

TSING, Anna. 2015. "Margens Indomáveis: cogumelos como espécies companheiras". *Ilha*, vol. 17, n° 1: 177-201.

VIVEIROS de CASTRO, Eduardo. 2013. La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio. *Entrevistas*. Buenos Aires: Tinta y Limón.

_____. 2009. "The Gift and the Given: Three Nano-Essays on Kinship and Magic". In: Bamford & Leach (eds.). *Kinship and Beyond. The genealogical model reconsidered*. New York—Oxford: Berghahn Books. pp. 237-268.

WARMAN, Arturo. 1988. *La historia de un bastardo: maíz y capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Resumen: El tema de este trabajo son los procesos de familiarización de vegetales y de humanos. A partir de una experiencia de desarrollo encaminada a mejorar las variedades de maíces criollos de pequeños productores del noreste argentino, nuestro artículo describe las características de los maíces previas al proyecto y el proceso de agrupación resultante de la selección de variedades. Analizamos también cómo se transforma el modo de familiarización de los humanos, observando el surgimiento de un híbrido que combina familia y organización cooperativa. Nuestras conclusiones subrayan la profunda implicación del modelo genealógico en las prácticas institucionales.

Palabras clave: Misiones; modelo genealógico; maíz; taxonomías; desarrollo

Abstract: The subject of this work is the process of familiarization of plants and humans. Based on a development experience among small producers in the northeast of Argentine aimed at improving the varieties of native maize, our article describes the characteristics of the maize types before the project took place and the grouping process as result of varieties selection. We also analyze how human modes of familiarization are transformed by the emergence of a social hybrid that combines family and cooperative organization. Our conclusions stress the deep implication of the genealogical model in the institutional practices.

Keys Words: Misiones; genealogical model; corn; taxonomies; development